Vive azul, muere tibio

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

El frío es la única sensación que te mantiene
vivo mientras te mata.

I

La mujer prepara cuidadosamente la mochila, sopesa cada artículo y lo desestima si no lo considera absolutamente imprescindible. Sacude el termo del té para valorar su contenido: apenas queda un cuartillo. Desenrosca la tapa y se moja los labios sin beberlo, está tibio lo que le hace mover la cabeza con resignación. Es morena y fibrosa, de piel atezada. Los ojos castaños reflejan una intensa concentración. Levanta en vilo la mochila y parece satisfecha de su peso, la cierra y sin más dilación se pone en marcha. Sus huellas en la nieve no tardan en quedar cubiertas por la ventisca.

Gabriel se despertó aterido, sin la calefacción la vieja granja era un congelador. Sentado sobre la cama lloró sin cesar, hasta que las lágrimas cuajaron sobre sus mejillas. En un intentó por reaccionar y sobreponerse, se embutió en ropa de abrigo y descendió por las escaleras para encender la caldera del sótano, pero al llegar a la planta baja ya había olvidado su propósito. Entró en la cocina y encendió una vela, el espesor de la nieve casi cubría las ventanas y apenas se filtraba una claridad mortecina de la mañana todavía joven. Pensó en poner la cafetera pero se quedó sentado en una silla durante mucho rato, inmóvil. Al fin salió del letargo sin motivo aparente, abrió un armario en busca de la cafetera, lleno de torpeza, y tiró una tetera de porcelana blanca que se estrelló contra el suelo de piedra. Era la tetera preferida de Eva, la única que mantenía el té hirviendo, como a ella le gustaba. Contemplando el destrozo, las lágrimas fluyeron de nuevo, incontenibles... Eva estaba muerta, el McKinley la había devorado.

II

El parte de la meteo pronostica un bonito día para mañana, pero hoy la ventisca golpea fuerte a la mujer mientras deja el valle principal y asciende por un barranco que la acercará a su objetivo. Es fuerte y está bien equipada y parece conocer el terreno que pisa, nada en su porte ni en su paso trasluce la más mínima señal de duda o debilidad.

Han pasado la noche en una cueva de hielo por encima de los cinco mil metros. En el verano polar la noche es tan solo una expresión, un convencionalismo, aquí, en el McKinley, significa que el sol cae por detrás de la cumbre, su cumbre, y con él cae la temperatura hasta límites difíciles de soportar, pero la oscuridad no llega, tan solo el mundo se llena de sombras azules. También representa una tregua, unas horas de imprescindible descanso. En la cueva el frío es terrible, pero les libra del viento furioso que barre el West Butress y les ahorra el esfuerzo de portear una tienda. Afortunadamente tienen gas suficiente y pasan la noche fundiendo hielo y combatiendo el frío a base de té. Eva se queja de que está tibio, siempre se queja de eso, pero a esa altura el agua hierve a menos de ochenta grados y la física tiene la mala costumbre de ser pertinaz.

La mañana comienza cuando el sol sale de nuevo por detrás del objetivo de su vida, espantando los demonios azules que poblaban el hielo. Con dedos rígidos por el frío y movimientos torpes por la altura se calzan los crampones y afrontan la empinada pala de hielo y nieve que se alza tras su refugio nocturno. No hay grandes dificultades técnicas hasta la cima, tan solo les separa de ella el frío, el viento, el cansancio, la altura, la deshidratación, la falta de comida y de reposo adecuado, el miedo... Minucias sin importancia. Las horas pasan en silencio, sin más tregua que una pausa de tarde en tarde para tomar un sorbo de té del termo, hasta que al principio de la tarde el panorama se abre, mostrándoles la amplia y profunda cuenca del glaciar Traleika: se ha terminado, ya no hay que subir más. Emocionados y aliviados se abrazan, han consumado su más querido sueño, el que más horas de insomnio ha consumido desde los lejanos días en los que la montaña los unió, primero en la amistad y luego en el amor. Al fin han volado el bloqueo que les impedía pensar en otras aventuras, en otras montañas. Saborean los minutos de la cumbre hasta sentirse saciados, aguardando con tranquilidad esa señal íntima de que ya es suficiente, de que ha llegado el momento de bajar, que nos aguarda un mundo de sensaciones diferentes al frío, el cansancio y el hambre, un mundo lleno de seres queridos... y de más montañas que subir. El sol declina, las sombras se alargan, hay que desandar lo andado, concentrados, luchando contra el cansancio que embota su destreza y les vuelve torpes y vulnerables.

Dejan atrás la cueva de hielo, sin gas ni comida no es más que una tumba fría, deben alcanzar la bien aprovisionada tienda del siguiente campamento, al pie del West Butress, a poco más de cuatro mil metros.

Eva baja delante, es más hábil marcando el ritmo y eligiendo la ruta. Gabriel mira al suelo, procurando pisar donde pisa su amada, no es zona de grietas, o no debe serlo, y no van encordados, menos peso, más libertad de movimientos, más rapidez y también más riesgo, asumido, como tantos otros. Gabriel solo oye un crujido, un chirrido matado por el viento, levanta la cabeza y Eva ya no está, su figura enjuta y menuda ha desaparecido devorada por el McKinley, tragada por una grieta súbitamente abierta donde no debía haber grietas.

III

La ventisca arrecia y la mujer ya lleva varias horas de marcha. Alcanza una cuenca glaciar cubierta de un caos de grandes bloques de granito nivelados por la nieve fresca. Deambula entre ellos con precaución, es muy fácil meter la pierna en un agujero y destrozarse la rodilla. Al fin encuentra un hueco libre de nieve y resguardado del viento, saca de la mochila una pastilla de turrón y el termo de té tibio y se alimenta meditabunda.

Gabriel salió de la cocina sin recoger los trozos rotos de la tetera, embistiendo como un toro hacia el cuarto de material. Cargó sin orden ni concierto una gran mochila porteadora y salió de la casa por una de las ventanas del segundo piso. Calzó las pieles de foca en los esquís y enfiló valle arriba, siguiendo el curso del Ésera.

No era consciente de sus actos, se había dejado llevar por un impulso repentino que le empujaba hacía lo único que quedaba de su vida destrozada por la ausencia de Eva: las montañas. Gabriel no ha vuelto a subir a una montaña desde que alzó la vista y Eva no estaba o, más bien, no ha bajado todavía al valle, sigue allí arriba, confiando en encontrar a la mujer que es su savia y su vida.

Movido por una voluntad maníaca que surcó la nieve con furia, aparentemente aparentemente ajeno a las más básicas necesidades humanas. Al paso de las horas dejó atrás el pla de Senarta, los baños Benasque, el pla de Estanys y se adentró por el valle de Barrancs, al pie de la vertiente norte del Aneto. Atardecía cuando alcanzó el Turonet de Barrancs, un pequeño cerro que domina la cuenca.

Estaba confuso, no sabía muy bien como había llegado hasta allí. A sus pies una alargada planicie helada señalaba el lago de Barrancs y él lo contemplaba absorto, recordando quizá los fragmentos de loza blanca extendidos por el suelo de la cocina. Giró sobre sí mismo, la ventisca ocultaba la puesta de sol por detrás de la Cresta de los Portillones. Se desprendió de la mochila y sacó un termo de té, todavía estaba tibio. Bebió un corto trago, no quedaba mucho. No recordaba haber preparado té en la casa pero no podía pensar en ello, otra cosa ocupaba su cabeza. Por fin miró al sur y alzó la cabeza. La cumbre del Aneto se alzaba orgullosa y soberbia sobre su manto de glaciares, dominando la ventisca, y su visión le privó del atisbo de razón que había estado a punto de surgir, sumiéndole de nuevo en el pozo negro del delirio.

Trazó mentalmente la ruta y caminó algunos pasos en busca de una zona llana donde establecer el campamento. La mitad de lo que había acarreado era inútil y la mitad de lo que necesitaba quedó en la granja, pero nada de esto parecía importarle y no tardó en estar metido en la tienda, taladrando el techo con una mirada fija, impasible, en dirección a la cumbre.

IV

La mujer apura el día y acampa tan arriba como le es posible. No lleva tienda para economizar peso, pero eso no es un problema para instalarse con relativa comodidad en un lugar bien resguardado del viento, protegida por el excelente saco, reforzado por la funda de vivac. Con movimientos precisos y económicos enciende el infiernillo y funde hielo pero el gas se acaba pronto y apenas consigue preparar un sorbo de té tibio.

Gabriel se despertó antes del alba y abandonó el campamento sin desmontarlo, provisto tan solo del piolet. Se encontraba justo bajo la cumbre y hacia ella enfiló directo, remontando el glaciar de Barrancs, de suave pendiente al principio pero que enseguida se empina.

Había pasado la noche en un duermevela enervado, lleno de visiones de una mujer morena que ascendía hacia la cumbre. La mirada de Gabriel reflejaba la sinrazón, Eva llenaba todos sus pensamientos... Eva y la cumbre. No era consciente de donde se encontraba ni de lo que hacía, tan solo quería reunirse con ella y por eso la buscaba en el único sitio donde podía encontrarla: en la cima.

Incluso para un ser desquiciado e insensible como Gabriel, la ascensión resultaba ardua. La ventisca había dejado una capa de nieve fresca sobre el duro hielo del glaciar que amenazaba con deslizarse en cualquier momento, que ocultaba grietas traicioneras, que dificultaba sus pasos hundiéndose hora hasta el tobillo, hora hasta la rodilla. Afortunadamente, cuanto más ascendía, la capa de nieve era más delgada, debido a la mayor inclinación del glaciar, y sus crampones encontraban más fácilmente hielo que morder. No alcanzó los bloques de granito de la pirámide cimera hasta casi el mediodía. Prácticamente se trata un montón de derrubios, de laderas próximas a la vertical. Subir por ellos en las condiciones en que los había dejado la ventisca, cubiertos de hielo y nieve, era extremadamente peligroso, pero hacía tiempo que Gabriel había dejado de razonar. A pesar de su falta de juicio el alpinista experto que alberga su corazón conserva intacta toda su técnica y ascendió con destreza.

La ventisca había amainado durante la noche y reinaba una maravillosa mañana de invierno, gélida y pura. A pocos metros de altura sobre el glaciar, Gabriel cruzó la línea de luz. El sol asomaba por encima de la cresta de Salenques y entibiaba sus dedos helados pero Gabriel ya era inmune a esos placeres, sentía la cumbre cada vez más próxima y se esforzaba al máximo en su afán de alcanzarla cuanto antes. En el último tercio la inclinación se hacía mucho más suave y era más fácil progresar. Por fin salió de la pared, ya tenía la cumbre tan solo a unos pasos de distancia, marcada por un pilar, junto al que se encontraba, erguida, una mujer menuda y enjuta, de pelo moreno y piel atezada, hacia la que Gabriel corrió dando traspiés.

—¡Eva!—. Su voz es un susurro apenas audible, que surge lacerando su garganta seca y abriéndose paso por los labios agrietados.

La mujer sujeta entre sus manos un termo, lo abre y se lo acerca a los labios.

—Bebe Gabi, es el último sorbo.

Gabriel obedece y el paisaje luminoso de la cumbre del Pirineo desaparece y con el tibio líquido vuelve la razón perdida. A su alrededor reina la oscuridad y el frío mortal. De arriba, de muy arriba, llega un resplandor mortecino que apenas le permite distinguir las facciones de Eva, acuclillada junto a él. Se encuentra en el fondo de la grieta, encajado entre bloques de hielo; ni brazos ni piernas responden a sus ordenes de movimiento, no siente nada por debajo del cuello. ¡Vuelven los recuerdos! Eva

desapareció y en el mismo instante la nieve se abrió bajo sus pies. Cayó en la oscuridad escuchando el grito de pánico de ella mezclado con el suyo propio. Un golpe sordo, otro grito, este de dolor y luego nada hasta que despertó aterido en la granja del valle del Ésera, su nido de amor que arreglaban poco a poco, para cuando las montañas fueran demasiado altas y demasiado orgullosas. Ella lo mira a los ojos y en su reflejo de infinito amor Gabriel comprende inmediatamente la verdad.

—¿No hay remedio?

En la penumbra ve oscilar la cabeza de Eva de lado a lado.

—Tienes el cuello roto y yo no estoy mucho mejor. No podemos salir de aquí y nadie sabe donde estamos.

—Entonces será tal y como lo habíamos pensado, juntos hasta el final.

Ella acerca sus labios y le da un beso suave, luego se acurruca a su lado.

—Sí, juntos para siempre, como siempre habíamos deseado.